

# *Izquierda y derecha*

Rafael Segovia

*Para Carlos Bazdresch*

Poco después de asumir el cargo de presidente de la República, José López Portillo, a un periodista que le interrogaba sobre sus planes de gobierno y preferencias políticas, le respondió: “Me niego a encerrarme en geometrías políticas”. En ese momento sólo había, no una geometría, sino una intención en la pregunta ¿se considera usted de izquierda o de derecha? López Portillo, sin negar la existencia de estas dos grandes definiciones, rechazó acomodarse dentro de una de ellas. Al no aceptar las respuestas más cómodas y usuales, el profesional del mundo político, por temor y por comodidad se niega a encajonarse “dentro de esos parámetros”, como está de moda decir.

En los años treinta Alain –su verdadero nombre era Emile Chartier–, decía que un hombre de derechas era un hombre que negaba la existencia de una diferencia entre la izquierda y la derecha. La simple lectura del periódico, sobre todo de un periódico medianamente conservador, nos convencerá de la verdad de la afirmación de Alain. La derecha no tolera la existencia no sólo de una izquierda y todo lo implícito en esta palabra, sino la idea de una ruptura social. Pese a este rechazo, la dicotomía duró casi dos siglos.

En el antiguo régimen la idea de una izquierda y de una derecha resultaba inconcebible. Las sociedades fueron jerárquicas y estamentarias en primer lugar, y el poder, de hecho, fue también indivisible, por ir directamente de Dios al príncipe. Los considerados poderes particulares de la nobleza, de los parlamentos o de las cortes, audiencias y otras formas concedidas por el soberano,

no fueron poderes sino privilegios que revelaban la inexistencia y nulidad de cualquier poder que se declarara autónomo o particular. “Quien reina en los cielos y de quien dependen todos los imperios, aquel que es el único dueño de la gloria, la majestad y la independencia, Él solo se gloria de dictarle la ley a los reyes, y de darles, [...] grandes y terribles lecciones, ya sea que eleve los tronos, ya porque los rebaje, porque comunique su poder a los príncipes o porque lo recoja para Él y no les deje sino su propia debilidad, les enseña así sus deberes de manera soberana y digna de Él”, escribía Bossuet. Más claro no se podía ser. La unicidad de la verdad es el fundamento del poder monárquico, absoluto y monista. Pese a la presencia de clases sociales, cuerpos constituidos e intereses particulares, se negará cualquier división. La ilusión ilustrada de un Montesquieu que postula la necesidad de un poder dividido contraviene la concepción dominante de su época. Cuando evoca al parlamento inglés induce al error, pues en la Gran Bretaña dominaba un sistema político donde el rey nombraba al gobierno ignorando la voluntad de la mayoría en la asamblea popular. La idea de un poder compartido no puede anidarse todavía en la cabeza de los hombres del antiguo régimen, no en la de un Hobbes, desde luego. Habrá que esperar a la Constitución de los Estados Unidos para encontrar un documento donde se asiente sin dudas ni circunloquios la soberanía del pueblo.

La Revolución Francesa no introduce los términos “izquierda” y “derecha”, aunque en la realidad política, con la instrumentación de la soberanía popular y del individualismo burgués, como luego se llamará, la ruptura social y política, por no decir nada de la económica, queda consumada. Al poder único de origen divino sucedió la unidad nacional y el poder ejecutivo unitario, pero la unidad del poder desapareció hasta las dictaduras totalitarias del siglo XX, al menos en el mundo occidental.

Si la convención revolucionaria se hubiera reunido en un hemiciclo es probable que los términos que nos ocupan hubieran surgido en aquel momento. La disposición de los escaños en la sala impuso otros –montaña, llanura, pantano, etc.–. Los cuerpos representativos postnapoleónicos, en la mayoría de las monarquías europeas –con la excepción inglesa– sentaron a sus representantes en unos semicírculos que situaban a los diputados unos frente a otros, a la izquierda y a la derecha del presidente de la Cámara. No hay otra explicación

para el nacimiento de los términos que dominan en el vocabulario político desde entonces.

La tradición anglosajona se separó de estas calificaciones. Razones para explicarlo hay de sobra. Ni los Estados Unidos ni la Gran Bretaña se inspiraron en la Revolución Francesa ni de hecho participaron de las formas puramente europeas de absolutismo monárquico y del despotismo ilustrado. La revolución dominada por la obsesión de lo popular, elemento decisivo a partir de los finales del siglo XVIII, introduce la dicotomización de las fuerzas políticas en el fenómeno revolucionario y acaba con una visión armónica de la sociedad.

El imperio napoleónico y sus consecuencias inmediatas, el Congreso de Viena y el Sistema Metternich, fueron una contestación parcial, estrictamente política, al hecho revolucionario francés. Se intentó aislarlo, reduciendo al máximo la política europea, retro trayéndola al estado en que se desarrollaba antes de 1789, a un absolutismo carcomido no por razones políticas, sino científicas, técnicas, religiosas y educativas, con su inevitable corolario social y más tarde político. Lo que se antojaba improbable se consigue: el pensamiento revolucionario fue en la medida de lo posible sustituido por una nueva ideología que llenó el hueco dejado por la religión. El nacionalismo fue un poderosísimo competidor de la izquierda durante todo el siglo XIX. La guerra de 1914-1918 fue la prueba palmaria de su superioridad sobre la izquierda, y la segunda guerra mundial confirmó esta capacidad. Pero el triunfo no se logró sin enfrentar tremendas dificultades.

La Gran Bretaña y los Estados Unidos, más la primera que los segundos, fueron los autores de la primera revolución industrial y, por consiguiente, de una clase obrera e industrial que recibiría el nombre romano de proletariado. Si el nacionalismo, en más de un sentido, es una creación francesa y revolucionaria, su modernidad en el momento de su creación lleva a la derecha a ofrecérselo a la izquierda, a la clase obrera, como una ideología de sustitución capaz de llenar el hueco dejado por las formas tradicionales de la cultura de antiguo régimen –la idea es de Raoul Girardet–. La Gran Bretaña, sobre todo Inglaterra, lo aceptará con entusiasmo cuando va destinado a las masas.

La izquierda en toda Europa, temerosa –cuando se inician las transformaciones económicas– de enfrentarse con el mundo político establecido, no en-

cuentra un acomodo en el tablero político creado por el Congreso de Viena. La primera mitad del siglo XIX es una historia ininterrumpida de estallidos revolucionarios fracasados, represiones y repliegues hasta 1848, cuando ante una crisis económica incontrolable la derecha debe recurrir a los sistemas autoritarios, ahogando los tímidos parlamentarismos, incapaces de resolver los problemas planteados por una izquierda desorganizada y desconcertada.

Los términos adquieren en ese momento una carta de naturalización indiscutida. Serán indispensables para introducir en la vida política, un mínimo de orden conceptual, lo que de ninguna manera significa que la derecha aceptara esta clasificación, tan cómoda como imprecisa y en última instancia reveladora de una verdad profunda. La nostalgia de un antiguo régimen que recuperara una derecha dispersa, revelaba la presencia de un mundo político dividido, encarnación de las nuevas clases sociales en presencia y en oposición. El fraccionamiento de la izquierda y la derecha imposibilita dar una definición de los términos, que se adjetivan hasta el infinito con la consolidación de los sistemas parlamentarios: habrá izquierdas y derechas que se dividen a su vez. La referencia a la izquierda y a la derecha se hace, pues, completamente indispensable. Se mantendrá el repudio anglosajón a la terminología europea y, para inicios del siglo XX, prácticamente internacional. Quedan fuera las dos terceras partes del mundo, las colonias y los regímenes autoritarios que aún subsisten en ese momento.

Los sucedáneos no han tenido gran éxito. La propuesta de François Goguel de sustituir izquierda y derecha por una designación propuesta desde mediados del siglo XIX, que dividía en partido del orden y partido del movimiento a derecha e izquierda de aquel momento, no ha tenido mayor éxito. El valor simbólico de la izquierda se mantiene, mientras la derecha, hasta fechas muy recientes, ha seguido rechazando el apelativo, ahora aceptado cuando se matiza –centro derecha–, aunque en países como Francia se recurre al término de preferencia, moderado.

Izquierda y derecha son, pues, creaciones decimonónicas que se adaptan perfectamente a la Europa de los conflictos obreros. Fuera de Europa su aceptación resulta más complicada y depende del éxito que el parlamentarismo obtenga en los nuevos países latinoamericanos, más y mejor identificados con otras apelaciones, como los términos liberal y conservador. La ausencia de una

revolución industrial y por lo tanto de una clase obrera hasta principios del siglo XX, el dominio de una economía agraria y el desarrollo incipiente de un auténtico mundo intelectual plantearon enfrentamientos sociales diferentes a los que se daban en Europa. Recurrir, para analizar los conflictos sociales de los países latinoamericanos, al vocabulario europeo, saca a estos conflictos de su contexto real. La izquierda latinoamericana, antes de la segunda guerra mundial, fue simbólica, literaria y sin un poder auténtico sobre el mundo trabajador.

El marxismo, al reclamar para sí el monopolio de la representación de toda la izquierda, introdujo una lucha permanente dentro de ésta. Las rupturas ideológicas totales se presentan con el triunfo del grupo bolchevique en Rusia. A partir de la fundación de la IIIa Internacional se desata una persecución despiadada contra la izquierda no sometida a las decisiones del Partido Comunista de la Unión Soviética, que se identificará más adelante con el estalinismo. Comunismo e izquierda quieren identificarse hasta el grado de ser una sola y misma forma política. Después de la segunda guerra mundial, con su imposición en Asia y en Europa Oriental, la idea de izquierda, bajo su nueva forma ya no internacional sino mundial, se antoja un hecho político identificado casi con la especie humana y presente en todas las sociedades democráticas y no democráticas. La izquierda comunista, como revolucionaria o institucional, está, entre 1945 y finales de los años setenta, presente en todos los continentes.

Pese al poder internacional de la Unión Soviética, la izquierda, en cualquiera de las formas que adopta, va a encontrar resistencias permanentes cada vez mayores. Ninguna es nueva, todas proceden del siglo precedente y algunas, como las iglesias, son prácticamente inmemoriales. De todas, se va a topar con una de primer plano, el nacionalismo, que adoptará aspectos camaleónicos.

Durante todo el siglo XIX el nacionalismo vivió un duro conflicto con el socialismo, utópico o científico. La asimilación de las doctrinas nacionales por la Iglesia católica –y también por los protestantes– situó a la izquierda en una postura ambigua frente a la idea nacional que, pese a los llamados de todas las doctrinas y organizaciones sociales, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha, seguía teniendo un valor propio, superior incluso a la religión y a las doctrinas políticas, lo que se advertirá una vez más en el proceso de descolonización que se inicia después de la segunda guerra mundial.

Las guerras contra las potencias coloniales originaron formas políticas dominadas por las ideas nacionales y nacionalistas. Se pusieron como fin la libertad política absoluta del territorio dominado por los países extranjeros, es decir la independencia y la autonomía que se creyó total. El instrumento fue el Frente –con mayúscula–, unión de todas las fuerzas nacionales, generalmente sobre una base étnica, que habían sido conquistadas en el pasado. Dichos frentes fueron dominados en algunos casos por los partidos comunistas, por ejemplo en el caso del Vietnam, e impusieron medidas acordes con una política de izquierda, sin llevarlas al extremo que hubiera exigido una situación permanente revolucionaria: la unidad nacional se impuso sobre cualquier otro tipo de consideración o finalidad, sobre todo en las futuras naciones donde la religión tradicional se había mantenido y no se había presentado un fenómeno evangelizador europeo. Las naciones independizadas nacieron, pues, al margen, así no sea sino parcialmente, de la izquierda marxista, y en la mayoría de los casos se muestran ajenas a la izquierda en el más amplio sentido del término. El establecimiento de dictaduras abiertas o disimuladas apoyadas por las antiguas potencias eliminó la posibilidad de un parlamentarismo o de un presidencialismo que hubiera posibilitado el desarrollo de una izquierda nacional. Tal cosa no se produjo y el autoritarismo personalizado condujo a casi todos esos partidos hacia una derecha de tonos frecuentemente totalitarios.

La ofensiva política soviética posterior a la segunda guerra mundial terminó por desacreditar y de hecho eliminar a la izquierda no marxista. Su intento de subsistir a través de renunciaciones doctrinales sólo condujo a su transformación en un instrumento más del bloque europeo occidental en el conflicto Este-Oeste. Sus compromisos nacionalistas –contra los nacionalismos emergentes– liquidaron los restos de sus clientelas. Los antiguos partidos socialistas se encontraron en la necesidad de eliminar no sólo su vocabulario, sino los principios definitorios de su doctrina en lo referente al Estado, el gobierno, la clase obrera, la revolución y el futuro de la humanidad: ese nuevo socialismo recurrió a los nombres pasados, la socialdemocracia puso el acento en el segundo término, *democracia*, e hizo del mundo social un adjetivo. De ahí en adelante la izquierda abandonó lo que había sido su campo y su tema: la transformación de la sociedad a través de la liquidación del capitalismo.

Los fenómenos determinantes del cambio global que en este momento se vive se han originado en un hecho poco advertido: la desaparición de la clase obrera en los países industriales. La expulsión de lo que fue origen de la Revolución Industrial, el carbón y el acero, así como de los textiles y otras industrias de mano de obra intensiva, el crecimiento del sector servicios y la demanda de trabajadores superespecializados han producido un nuevo tipo de trabajador más identificado por su tipo de demandas con el sector terciario que con el primario. Los propietarios del capital financiero internacional mantienen un nuevo tipo de relación con el mundo del trabajo, en el que se busca la mediación de unos representantes distintos a los viejos líderes sindicalistas, vinculados siempre con partidos y líderes políticos de la izquierda. Han logrado una despolitización de las negociaciones laborales, perdiendo así la izquierda su papel fundamental: la representación y dirección de la clase obrera. Al perder ésta sus rasgos definitorios, la izquierda se encuentra reducida a una actividad marginal.

La guerrilla y la agitación urbana son las actividades residuales en las que se ha refugiado. La fragmentación ininterrumpida por razones ideológicas, y en algunos casos tácticas, le ha restado cualquier presencia importante: la despolitización de las sociedades contemporáneas y los intentos logrados por los gobiernos democráticos manejados por las tecnocracias han terminado por eliminar las soluciones políticas de los conflictos sociales. La división mecánica del mundo contemporáneo, donde la cultura desempeña un papel menor en la caracterización de las clases sociales, juega también en contra de la izquierda. La derecha, amparada por las leyes del mercado y de la globalización de las economías y, en principio, también de las culturas, se enfrenta abiertamente con la nación, convertida en una rémora para el nuevo mundo que busca imponerse como una feliz fatalidad.

La confusión de este momento, de este inicio de siglo, es absoluta. Las posiciones internacionales se perfilan sin aclararse, dominadas por un optimismo apoyado no se sabe en qué. Sólo un hecho político parece seguro: por primera vez en la historia hay una sola superpotencia capaz de enfrentar sola o con la ayuda mercenaria de otras potencias, forzosamente secundarias, al resto del mundo. No puede nadie imaginar qué papel puede desempeñar la izquierda nacional o internacional en esta temible coyuntura. 